

refeitório do presídio. A meticulosidade e a hierarquia presente no imaginário coletivo que temos do Japão ganham força infinitamente multiplicada quando estamos no presídio, o que é visível pela disposição e cuidado com os uniformes. E este traço tão marcante da cultura nipônica, a comida, é uma das táticas utilizadas para controle dos presos – daí a importância de conhecermos o refeitório e a cozinha para conhecermos a rotina do presídio.

Mas, ao contrário do que pode parecer, o controle não é feito pelo tolhimento à comida, retirando-a de quem não se “comporta” bem. Os presos ganham antecipadamente o cardápio de todo o mês e diariamente uma porção de comida em quantidade e qualidade que muitos não conheciam fora dos muros da prisão. Esta é uma tática que cria estratégias insólitas, como a do esperado, e com ares míticos, 31 de dezembro. Neste dia, e nos primeiros do novo ano, a oferta de comida é tão grande que os presos passam a maior parte do tempo deitados, anestesiados, fazendo uma morosa digestão que só é interrompida pela próxima refeição. Impossível fazer uma rebelião nestas condições. Nem todos os bens de consumo são permitidos: o cigarro é proibido – para a tristeza do narrador – e os doces são em pequenas quantidades e pouco variados – para a tristeza de todos.

A única coisa que não se repete de um dia para outro é o cardápio. Tudo é tão meticulosamente controlado e planificado que as conver-

sas acabam se reduzindo a uma série de poucos temas (infantilizados às vezes); os problemas e, com poucas exceções, os dias são sempre os mesmos. Até a disposição das estações interfere pouco no cotidiano. Tanto que, a cada seis meses, os presos mudam-se para outra cela, geralmente a primeira em frente à anterior. Pelo simples fato de que a disposição do banheiro e o lado em que entra sol mudam, e é como se o mundo ganhasse novos contornos, como se o absolutamente igual fosse absolutamente diferente. Ao contrário do que possa parecer, a reclamação do narrador é que o tempo passa muito depressa.

Mesmo que surja a ilusão, mediante as descrições feitas, que é bom residir em um presídio desses, ainda mais se compararmos com os sempre problemáticos presídios brasileiros, o narrador não alimenta essa opinião, tampouco seus colegas. Para alguns poucos destes, a falta de perspectiva ao ganharem a liberdade é tanta que alguns já sentem eminente o retorno à prisão.

Jonas Tenfen
UFSC

Waisman, Sergio. *Borges y la traducción. La irreverencia de la periferia*. Traducción de Marcelo Cohen. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2005. 318 pp.

En *Borges y la traducción*, Sergio Waisman examina el papel de la traducción en la obra del más célebre escritor argentino y también hace el camino opuesto al estudiar la importancia del mismo para la teoría de la traducción. Waisman, que es profesor de literatura latinoamericana en la George Washington University, empieza recordando que Borges fue toda su vida un traductor activo y que en sus textos “traducir y escribir se vuelven prácticas casi inseparables de la creación, de indagación hermenéutica y de reflexión estética y ética”. Waisman es traductor de autores latinoamericanos como Ricardo Piglia e Nataniel Aguirre, y su trabajo de traducción de *Nombre falso* y *La ciudad ausente*, de Piglia, ha sido lo punto de partida de las reflexiones de la presente obra.

En el primer capítulo, “Argentina y la traducción: líneas de un contexto cultural”, se discute el entorno en lo cuál Borges desarrolla sus teorías acerca de la traducción. Entre otras cosas, examina la naturaleza políglota de la literatura argentina en las décadas de 1920 e 1930, época en que Borges empieza a producir sus teorías acerca de la traducción. Waisman subraya que ese es un tiempo en lo cual la literatura argentina combina tendencias internacionales (de cuño cosmopolita) y locales (de vertiente criolla). “Desde el comienzo, pues, la traducción se vincula con la independencia cultural y la fundación de una literatura nacional; por consiguiente, con temas de identidad y

representación”, concluye (p. 23). Para Waisman, el papel de la traducción varía de una cultura a otra, así que la traducción, como cualquier otro modo de escritura, no es lo mismo en los márgenes que en el centro. Por eso, propone un examen de la literatura argentina por la lente de la teoría de la traducción para comprender qué significa traducir para un escritor argentino.

En el segundo capítulo, “La traducción según Borges: el desarrollo de una teoría”, el autor parte de la premisa de que aún “no se ha estudiado suficientemente la importancia que la traducción tuvo para Borges en sus implicaciones críticas y teóricas más amplias”. Para Waisman, en parte, eso es consecuencia de lo difícil que resulta interpretar y analizar las ideas de Borges y a la vez incorporarlas a la teoría. Pues Borges desplaza el acento de la tradicional búsqueda de la fidelidad en traducción y sugiere que no hay textos definitivos. De este modo, “lanza un reto irreverente al sugerir una teoría de la traducción mala, una estética del robo y la infidelidad”, dice Waisman (p. 48). Al analizar el carácter de las evaluaciones que Borges hace de las traducciones de *Las 1001 noches*, el autor concluye que, para Borges, la deformación es inevitable y no siempre es mala.

En “La escritura como traducción” Waisman profundiza la idea de que escribir y traducir son actos sinónimos de creación. Además, con Borges, las teorías acerca de la

traducción adentran al mundo de la ficción. Waisman estudia el proceso creativo de "Historia universal de la infamia", relato en lo cuál Borges se complace de practicar una "mala traducción", y analiza otros textos hasta llegar a "Pierre Menard, autor del Quijote", "el texto más importante de Borges sobre el tópico traducción", según Waisman.

"La estética de la irreverencia: mal traducir desde las márgenes" trata de cómo las teorías de Borges aumentaron el poder de la traducción periférica para crear textos nuevos. En el capítulo cinco, "Borges lee a Joyce: un encuentro en los límites de la traducción", Waisman hace el rescate del diálogo que Borges mantuvo con la obra de Joyce en reseñas, traducciones y artículos de 1925 hasta 1982. Analiza en detalles cómo Borges pone en práctica sus teorías en la traducción de una página del *Ullises* que hizo para la revista *Proa* en 1925 y además de eso, rastrea otros puntos de encuentro entre los dos escritores.

En suma, *Borges y la traducción* es un libro que trae interesantes aportes para quienes se interesan por traducción en general, por la obra de Borges o por ambos temas. Y, principalmente, investiga y aclara la astuta manera como Borges ha utilizado la traducción para reposicionarse frente a las tradiciones centrales en cuanto escritor de las orillas.

Marlova G. Aseff
UFSC

Blaga, Lucian. *A grande travessia. Seleção, tradução e introdução de Caetano Waldrigues Galindo. Brasília: Editora UnB, 2005.*

Lucian Blaga, filósofo-poeta

Davi Arrigucci Jr. tem chamado a atenção para o caráter reflexivo da poesia de Carlos Drummond de Andrade. Esse traço, que o crítico enxerga no autor de *Claro enigma*, é palpável, como se sabe, na poesia de Fernando Pessoa. Está também, de maneira ainda mais concentrada, na poesia do romeno Lucian Blaga (1895-1961), que foi publicado pela primeira vez em livro no Brasil na coleção *Poetas do Mundo*, da Editora UnB, em 2005. Esta coleção, dirigida por Henryk Siewierski, é uma das mais inovadoras coleções de poesia traduzida já publicadas no país. Entre os poetas estrangeiros contemplados estão o polaco Czesław Miłosz, o italiano Jacopone da Todi, o sérvio Miodrag Pávlovitch, o marroquino Tahar Ben Jaloun, o escocês Edwin Morgan e a japonesa Yosano Akiko.

O volume de Blaga se intitula *A grande travessia* e constitui uma antologia organizada, traduzida e prefaciada por Caetano Waldrigues Galindo, professor na Universidade Federal do Paraná.

Embora a poesia reflexiva seja minoritária, ela tem entre seus representantes alguns dos grandes poetas do Ocidente, como Quevedo,